

---

# El universo del español, el español del universo

**Jaime Labastida**



Academia Mexicana de la Lengua

PC4068.M4

L33

2014 Labastida, Jaime

*El universo del español, el español del universo* / por Jaime Labastida. — México : Academia Mexicana de la Lengua, 2014.  
325 p. — (Colección horizontes)

ISBN: 978-607-95771-4-8

1. Español – México. 2. Español – México – Historia. 3. Español – Filosofía. I. t. II. Ser.

Primera edición: 2014

Fotografía de la portada: Anton Petrus

D.R. © Academia Mexicana de la Lengua  
Liverpool 76, Col. Juárez  
México, D.F. 06600  
info@academia.org.mx  
www.academia.org.mx

D.R. © Jaime Labastida

ISBN: 978-607-95771-4-8

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

*Impreso en México*



# Presentación

---

La lengua española forma –así se puede decir– un pequeño universo que se halla en total expansión: cada día lo habla un mayor número de personas en un número más grande de países. El español es lengua de mayorías en veintidós países (o más), aunque en alguno de ellos, como es el caso de México, no sea la lengua oficial. Por esa causa y al propio tiempo es una lengua universal. De allí que me sea válido utilizar un quiasmo para otorgar un título a esta colección heterogénea de textos.

El libro ofrece, pues, un testimonio de amor a mi lengua materna, la lengua en la que me expreso y que me expresa, la lengua que me une con mis hermanos en las dos orillas del Atlántico. El español me hace partícipe de una materia intangible: la que se ha acumulado a lo largo de las centurias: desde el *Cantar de Mío Cid* hasta Borges, Neruda, Gorostiza y Paz. Con el español heredo el universo, digo, una lengua literaria apta para toda forma de expresión. Sin embargo, me preocupa, por encima de otra cosa, el hecho de que todavía no se haya consolidado como una lengua de pensamiento, aunque puede y debe serlo. Mi doble condición de poeta y de filósofo me obliga a elevar esta reflexión.

Deseo que *todo lector racional posible* (intento una pálida parodia de Kant), cuando se asome a estos textos, encuentre en ellos motivo de reflexión, tal vez de placer. Cualquiera que sea el caso, me daré por satisfecho.



## México: Independencia, educación y cultura<sup>1</sup>

---

El Palacio de Bellas Artes, ese soberbio edificio en el que se conjugan los mármoles de Carrara y los mármoles mexicanos; el conjunto arquitectónico con el que culminarían las fiestas del Centenario de nuestra Independencia, originalmente concebido como Teatro Nacional y que es ahora el centro del arte en nuestro país, ¿qué simboliza, en su perfecta simetría? Desde el nivel del suelo hasta su cúspide; desde su fachada hasta su interior, el Palacio de Bellas Artes fue trazado de modo simétrico.

De acuerdo, se me dirá, y eso, ¿qué tiene de especial? Hay multitud de edificios que responden también al canon de la simetría. Entonces, ¿por qué el Palacio de Bellas Artes habría de proponer, en su diseño, algo más que las complejas líneas *art nouveau* del arquitecto que lo concibió?

Si un espectador observara el Palacio por el frente y trazara una línea imaginaria desde el nivel del suelo hasta la cúspide, descubriría, a un lado y otro del edificio, alguna forma, algún trazo, tal vez una ventana, acaso una escultura, un elemento arquitectónico que guarda estricta correspondencia con su contrario: con el que se halla, simétricamente colocado, en su lado opuesto. Acaso una figura sea la réplica, a un mismo tiempo equivalente y contradictoria, de otra, dispuesta de modo simétrico en la parte contraria.

<sup>1</sup> Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 27 de septiembre de 2010.

En el centro exacto del Palacio y por encima del pórtico principal, se destaca un conjunto escultórico, obra del artista italiano Leonardo Bistolfi, a quien se la encomendó el arquitecto Adamo Boari. Es la Armonía.

¿Qué función cumple, en el centro del edificio, esa figura de mármol blanco e impoluto? Desde luego, se trata de una obra plástica, en un recinto dedicado a las artes y, por lo mismo, la respuesta obligada y obvia es que se trata de la armonía estética. Según el propio Boari, esa figura desnuda, la Armonía, “conjuga y dirige todas las voces pasionales de la Naturaleza”.<sup>2</sup> Se podría decir que esta metáfora plástica que Boari le impuso al escultor Bistolfi ha logrado plenamente su objeto: mostrar cómo las fuerzas brutales de la pasión y de la naturaleza, en el caso del arte, acaban dominadas por la serenidad que nace de la Armonía. De acuerdo.

Pero, ¿no habría algo más profundo, inmerso en la metáfora plástica? ¿Armonía de las pasiones? ¿Armonía, retomo la expresión de Boari, “de las voces pasionales de la Naturaleza”? ¿Esto y sólo esto es lo que se expresa en el conjunto escultórico-arquitectónico de Boari y de Bistolfi? He dicho que se trata de un conjunto escultórico de Boari y de Bistolfi porque, como es de suyo obvio, fue el arquitecto Boari el que indicó al escultor Bistolfi el tema y la manera de realizar esa escultura espléndida, pues la escultura sólo adquiere validez como parte de una totalidad arquitectónica, el Palacio de Bellas Artes. Por lo tanto, sucede, a mi juicio, lo siguiente: el Palacio todo, incluida la Armonía de Bistolfi, es un símbolo, una metáfora plástica de un régimen político, de todo un siglo de la vida nacional, la imagen idealizada de una sociedad entera. Esta metáfora plástica indicaría, si lo entiendo bien, que las fuerzas caóticas de la naturaleza y la sociedad, se llamen

<sup>2</sup> Adamo Boari, *La costruzione di un Teatro*, Danesi-Arti Fotomeccaniche, Roma, 1918, tavola IV. En la tavola VIII, Boari reproduce, en una espléndida fotografía, el conjunto escultórico de Bistolfi: la Armonía está ubicada en el centro exacto del frontispicio: su pie izquierdo, su columna vertebral, su rostro, su cuerpo entero, en suma, se encuentran en el mismo eje que el centro del edificio. El eje simétrico va, desde el pórtico hasta la cúpula, en donde se impone el águila de bronce con la serpiente, como remate obligado de aquella simetría perfecta. Véase, igualmente, *La construcción del Palacio de Bellas Artes*, INBA, Siglo XXI Editores, México, 1995.

revolución o intriga; respondan al nombre de guerra civil o guerra extranjera que han amenazado la tranquila vida de la nación o al terrible flagelo de la miseria y la ignorancia, han sido, por fin, conjuradas. En México, en ese México ya abierto al siglo xx, en el México de aquel hombre que, tras de un siglo de convulsiones, se ha transformado de héroe de la guerra en héroe de la paz, en este México que ahora gobierna el señor general don Porfirio Díaz, la Armonía, la Armonía social, preside (¿para siempre?) la vida de la patria: la ciencia positiva se ha impuesto al dogma clerical; la educación ya posee una base racional; la libertad, el orden y el progreso dominan al caos.

Por lo que toca a la educación, diré que el régimen porfirista había respetado, en sus rasgos fundamentales, el plan de estudios diseñado por el ilustre Gabino Barreda en la Escuela Nacional Preparatoria. El plan iba, de manera sistemática, armónica y ordenada, a lo largo de cinco años, desde lo simple hasta lo complejo y de lo abstracto a lo concreto; del raciocinio puro a la observación, y luego a la observación y la experimentación unidas. He de decir que la Escuela Nacional Preparatoria no fue concebida por Barreda como una mera acumulación de conocimientos, sin orden ni concierto, sino en tanto que un proceso sujeto a método: era un curso práctico de lógica.

Como uno de los actos en que culminarían los festejos del Centenario de la Independencia Nacional, Díaz y el secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, dieron nueva vida a la Universidad, reabierto y reorganizada ahora con el carácter de Nacional. La caduca Real y Pontificia Universidad de México había sido cerrada por las autoridades liberales, en tanto que era la cuna de la reacción clerical y de la escolástica. La nueva Universidad tendría, a partir de septiembre de 1910, otras bases, las bases seguras de la razón, la libertad y la ciencia positiva. La Universidad ya no tendría por patronos ni al rey ni al papa, sino que su fundamento sería obra de la voluntad nacional, encarnada en el Estado: "nada tenemos de común, anotó Sierra, con la Universidad pasada: métodos, enseñanza e ideales".<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Justo Sierra, *La educación nacional. Artículos, actuaciones y documentos, Obras completas*, tomo VII, edición de Agustín Yáñez, UNAM, México, 1948, p. 497.

El edificio de la educación nacional era armónico y totalizador, pues: se iniciaba por la instrucción primaria obligatoria, seguía por la educación impartida en la Escuela Nacional Preparatoria y culminaba en la educación universitaria, al mismo tiempo sólida y científica. Justo Sierra, por lo tanto, calificaba al sistema educativo creado por el régimen porfirista como si se tratara de un *mecanismo de reloj*, tan exacto y armonioso lo pretendía. Era al propio tiempo consciente de que un “programa de gobierno cuyo eje no descansa sobre estos dos polos: educación y justicia, no quiere decir nada ni para la humanidad ni para la patria”.<sup>4</sup>

Pero, ¿qué sucedió con la “prodigiosa ficción política”, son palabras de Alfonso Reyes, “que nos dio treinta años de paz augusta”?<sup>5</sup> En pocos, en pocos duros y violentos años quedó hecha cenizas.

En abril de 1911, el presidente Porfirio Díaz presentó su renuncia al cargo, tras de las escaramuzas militares que hubo en Ciudad Juárez, intacto el ejército, con el objeto declarado de evitar, dijo, el derramamiento de más sangre de mexicanos. En 1913, tras el brutal golpe de Estado de Victoriano Huerta y los asesinatos del presidente Francisco Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez, sin género de duda auspiciados por el embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, sobrevino la revolución, otra vez la lucha armada y la destrucción de la capacidad productiva del país (aquel nivel económico que México tuvo en 1910 se recuperó 20 años después).

La construcción del Palacio de Bellas Artes se suspendió y apenas se concluyó el año de 1934, alterando desde su base la concepción del edificio mismo. No sólo fueron modificados los interiores y se pasó del *art nouveau* al *art déco*, sino que la función asignada al recinto respondió a un criterio por completo distinto; así, de teatro nacional se volvió el espacio para todas las artes; además, se llenó de oficinas y sus diversos salones, concebidos para el entrenamiento de los artistas, se hicieron aulas escolares (de teatro o de danza). La revolución

<sup>4</sup> Justo Sierra, “Pro domo mea” (fechado en marzo de 1911), *La educación nacional*, *op. cit.*, p. 491.

<sup>5</sup> Alfonso Reyes, “Visión de Anáhuac”, en *Obras completas*, tomo II, FCE, México, 1956, p. 14 (el texto fue escrito por Reyes, en su exilio de Madrid, en 1915).

lo transformó, pues, en un espacio “popular”, por demás extraño, ajeno a la concepción unitaria de Boari. José Gorostiza, en ese pequeño libro por el que informó de la terminación de los trabajos del edificio, dejó escrito: “el régimen revolucionario, llegado a su plenitud, en vez de concluir el Teatro Nacional, ha construido en realidad un edificio nuevo... que ya no abrigará las veladas de una aristocracia imposible, sino el concierto, la conferencia, la exposición y el espectáculo”.<sup>6</sup>

Por lo que toca a la educación, el año de 1929, para indicar una fecha clave, se le concedió la autonomía académica a la universidad, asunto de un orden trascendental que no admite la menor duda. Hasta aquel momento, la Universidad era parte de la Secretaría de Educación Pública. Desde 1929, a la Universidad le fueron transferidos los aspectos considerados de carácter *superior* de la enseñanza, la investigación y la difusión de la cultura. Por lógica elemental, las facultades y las escuelas quedaron en el ámbito de la Universidad y a ellas se añadieron la Biblioteca y la Hemeroteca Nacional.

La Escuela Nacional Preparatoria fue sujeta a igual medida, de modo que recibió un hachazo brutal: aquellos cinco años armónicos del plan de estudios de Barreda fueron divididos en dos segmentos: la SEP heredó una parte, que se llamó educación *secundaria*, de apenas tres años, y la UNAM otra, la educación que a partir del momento recibió el nombre de *superior* o *media superior*. La armonía, el sistema, el método fueron sustituidos por el caos. El curso práctico de lógica, del que se enorgullecía Barreda, fue, en fin, sustituido por la acumulación desordenada de materias, en tanto que se creyó y todavía se cree que las ciencias y las artes pueden ser enseñadas. Hoy vemos el resultado, sin duda alguna amargo. México dispone de cinco planes distintos en el nivel de bachillerato, con derivaciones especializadas, que tienen duración de sólo tres años. En todos esos planes, por des-

<sup>6</sup> *El Palacio de Bellas Artes. Informe que presentan al señor Ing. Marte R. Gómez, Secretario de Hacienda y Crédito Público, los Directores de la obra, señores Ing. Alberto J. Pani y Arq. Federico E. Mariscal* (publicado originalmente en 1934 por Editorial Cultura, México, el texto fue en realidad escrito por José Gorostiza y ha sido reproducido de manera facsimilar en José Gorostiza, *Poesía y prosa, Siglo XXI Editores, México, 2007; el texto citado pertenece a las pp. 380-381).*

gracia, la *formación* del estudiante ha sido sustituida por la mera *información*, por un cúmulo caótico, por un amasijo de cosas que se llaman “materias”.

Lo propio se ve en el caso de la educación que se llama *básica* y que arranca en el nivel preescolar para concluir en el tercer grado de educación secundaria. No voy a abrumarlos con datos ni estadísticas. Me bastará sólo con mostrar algunos datos que ponen en relieve la poca, si no es que la nula eficacia del gasto destinado a educación en nuestro país. Estos datos, como es obvio, provienen de las encuestas de PISA. Así, por ejemplo, la encuesta de 2003 se refiere a la cantidad de alumnos con alta habilidad matemática. Al comparar los resultados, éstos nos abruman: en tanto que Corea del Sur obtuvo ciento ochenta y dos alumnos (182) por cada mil con alta habilidad matemática, México apenas si alcanzó tres (3) por cada mil estudiantes. Se podría suponer que ese magro resultado se debe a la falta de inversión en la educación. No es así. México gastó más de 2 mil dólares anuales por alumno de nivel secundario en 2008 y logró niveles de 1% en los exámenes de PISA correspondientes a 2006. Uruguay erogó por alumno menos de la mitad del gasto hecho por México y obtuvo resultados que superan a los de nuestro país en un cien por ciento. Rusia erogó alrededor de mil 600 dólares por alumno y tuvo siete veces mejores resultados que los obtenidos por nuestro país, pese a que su gasto fue sensiblemente menor.<sup>7</sup> México, sin duda, gasta mucho en educación secundaria, y obtiene pésimos resultados.

El problema de nuestra educación no se reduce a la falta de recursos financieros. Mejor: el problema no se resolverá si sólo se inyectan montos mayores de recursos económicos al sistema educativo. El problema es de otro orden y pertenece a otra esfera. Consiste en volverlo eficiente.

Se trata de invertir recursos en un capital extraño, en el capital por excelencia, digo, el capital de la razón. Hay que volver a pensar, desde su raíz, en el tema verdadero, en el problema real, en los asuntos de

<sup>7</sup> Los datos los ha organizado el investigador Salvador Malo, tomando como base la fuente de IMCO, con datos de Unesco y OCDE.

fondo. Hay que invertir recursos en producir inteligencia, en ninguna otra cosa que no sea elevar la calidad de la educación, en el propósito y la causa de ser de la educación, en la formación y la sensibilidad del educando. La escuela, de la primaria al bachillerato, ha de formar, antes que profesionistas en no me importa qué asunto; antes que ingenieros, abogados, médicos o arquitectos; antes que personas que sepan leer y escribir, multiplicar y restar; antes, la escuela debe formar seres humanos plenos; hombres en toda la extensión de la palabra. Y entiendo por la palabra *hombre* algo más que ciudadanos, mucho más que técnicos, ya no digamos la palabra tecnócratas. Entiendo por la palabra *hombre*, seres humanos que piensen por sí y ante sí mismos; que duden, que formulen problemas; que tengan capacidad crítica y posean los más altos valores; que sepan decir que *no* y a voz en cuello. Esto es lo que yo espero de la educación.

Para lograrlo, creo que es necesario hacer un alto y decir *basta*. Basta de acumular materias; basta ya de llenar de información, finalmente vacía, ¡qué contrasentido!, ¡qué paradoja!, a los educandos; basta de creer que los niños sabrán ciencia porque sean capaces de repetir fórmulas, que sabrán literatura porque conserven en su memoria las fechas del nacimiento y la muerte de algún autor importante, sin que jamás hayan leído ni uno solo de sus poemas ni una sola de sus novelas, ninguno de sus relatos. Hemos de lograr que en la escuela se impartan, de la primaria a la universidad, apenas cinco o seis disciplinas fundamentales: español y literatura; matemáticas; ciencias (con acento puesto en el método científico); civismo; deportes, una lengua extranjera. Que haya, por encima de todo, *horas vacías* (digo, es un decir) a lo largo de la semana: en ellas, los alumnos leerán, en voz baja y en voz alta y discutirán entre ellos y con su profesor sobre los textos leídos. Así pensarán, se expresarán con claridad, leerán, escribirán con soltura y de esa manera desarrollarán la sensibilidad y la inteligencia.

En sentido estricto y radical, ni el arte ni la ciencia pueden enseñarse. Se enseñan técnicas, se proponen métodos. Por supuesto, hay que conocer lo que se ha hecho antes, reconocer nuestra herencia. Hoy, un estudiante de nivel secundario conoce un cúmulo de ecuaciones matemáticas superior al que pudieron conocer Euclides, Des-

cartes o Newton. Pero ese estudiante no es, por ese motivo solo, un científico. Hombre de ciencia no es el que repite lo que se sabe; hombre de ciencia es el que pone en duda el saber anterior, el que inventa, el que crea. Lo propio, debo decirlo, ocurre en la literatura: repetir o, mejor dicho, leer bien poemas de sor Juana, versos de Quevedo o de Góngora, Neruda, Paz, acaso ponga al estudiante en el camino del gozo en la lectura; pero eso no lo hará poeta. Para que alguien se transforme de lector (de buen lector) en poeta, se necesita inventar, si se puede decir así, un nuevo lenguaje, una voz insólita, un acento nunca antes oído.

Hay una ciencia que se enseña, es cierto; pero es más importante la ciencia que se inventa y se crea; la ciencia que es capaz de poner en duda el conocimiento anterior y levantar conocimientos nuevos.

En este punto decisivo se halla esa tenue línea divisoria que separa a dos gigantes del pensamiento, Protágoras y Sócrates. El maestro de Abdera deseaba extender la educación, que los hombres fueran capaces de expresar sus pensamientos con soltura; en fin, que pensarán. Sócrates creía, a su vez, en sentido radical, que la virtud, la *areté*, no podía ser enseñada.<sup>8</sup> ¿A quién le asistía la razón? En cierto sentido, ¿a los dos? ¿Fue aquel un diálogo de sordos? En rigor estricto, la ciencia, el arte, la poesía, la virtud no pueden enseñarse: se crean, se inventan, se renuevan, se ponen siempre en duda, se desarrollan y se enriquecen. Lo que sí se puede enseñar, y en esto le asiste toda la razón a Protágoras, es una actitud, una técnica, un método. No todos los que, en la ciudad, estudien cómo tañer una flauta, se harán tañedores de flauta en un grado de excelencia pero, en su conjunto, los habitantes de esa ciudad serán mejores músicos que los de otra ciudad en la que jamás se les hubiera enseñado la música, sostiene, pues, Protágoras. El resto se dará por añadidura: cada quien hallará solo su camino, tropezará y se levantará.

<sup>8</sup> Platón, *Protágoras*, 320 c/328 d. No omito decir que el mito y el discurso de Protágoras los expone Platón con enorme respeto: he allí una muestra inequívoca de su honestidad. Platón no tergiversa los argumentos del maestro de Abdera, por más que ni él ni Sócrates estén de acuerdo con sus tesis; al contrario, Platón ofrece con fidelidad las ideas de Protágoras para así discutir las a fondo.

Permítanme decir que, desde el momento mismo en que los países de Nuestra América se dieron autonomía, asentaron su soberanía y obtuvieron su independencia, se les presentó, como el problema central, el tema de la educación. Por desgracia, con la independencia llegó la prisa y, con ella, el desorden. En los tres siglos del virreinato, hubo, desde la Tierra del Fuego hasta los límites inciertos del Septentrión, una sola voz, una sola voluntad. Nunca, como entonces, lo que hoy se llama América Latina fue más unida. Bajo el gobierno de los Austria, hasta la traza de los pueblos y las ciudades respondía a una disposición unitaria: plaza mayor, casa de gobierno, iglesia y portal de mercaderes. La villa o la ciudad se trazaban a cordel. El mismo capitán general; el mismo virrey; el mismo obispo iban de Buenos Aires a Lima, de Lima a La Habana, de La Habana a Madrid, de Madrid a Quito, de Quito a México, de México a la Audiencia de los Confines. Idénticas las leyes; breve el ejército virreinal, si ejército podía ser llamado ese puñado de hombres que jamás se levantó en armas contra las autoridades constituidas ni nunca puso en duda el carácter legítimo de los gobiernos.

La enseñanza se impartía en las órdenes monásticas y culminaba en las escasas universidades que había en esa América española, dogmática y dormida. La independencia cambió todo. La unidad política, ideológica y jurídica de América se perdió; cada país inventó bandera, himno y leyes propias; las fuerzas centrífugas dominaron a las añejas fuerzas centrípetas.

De la Capitanía General de Guatemala, por ejemplo, nacieron cinco minúsculas repúblicas que, hasta la fecha, carecen de ferrocarril o carretera que las vincule (guardan más contacto con México que entre ellas mismas). El Nuevo Reino de Granada se dividió en varias naciones; el Reino de la Nueva España perdió la mitad de su territorio. Sólo una región de América Latina, la que habla portugués, se conservó unida y hasta logró despojar de territorios a sus vecinos: Brasil se expandió, a costa de Uruguay, Paraguay y Argentina. No lamento estos hechos ni elevo queja ninguna pidiendo que demos marcha atrás a nuestra historia. Deseo que veamos hacia delante.

Al quedar destruidos los pequeños ejércitos virreinales, por obra de los ejércitos populares, se alzaron por todas partes los caudillos o,

para usar una expresión de la lengua caribe, que en México ha adquirido connotación negativa, los *caciques*. Fue entonces el triunfo de la *barbarie*, así la llamó Domingo Faustino Sarmiento, sobre la *civilización*.<sup>9</sup>

¿Qué quiere decir Sarmiento con la palabra *barbarie*? ¿Qué, con la palabra *civilización*? Aunque la palabra *civilización* se haya formado con una raíz latina (viene de *ciuitas*, ciudad), y por tal motivo se podría juzgar palabra antigua, es en realidad una voz de cuño reciente. Nació en el último tercio del siglo XVIII, en pleno Siglo de las Luces, pues. A esto que hoy le otorgamos el nombre de *civilización*, se le daba anteriormente el nombre de *policía*.<sup>10</sup> Si Sarmiento opone *civilización* a *barbarie*, lo hace en tanto que heredero de la Ilustración francesa. *Civilizar* es, según él, *educar, instruir, arrancar de la barbarie rural* a los hombres incultos. Así, ¿qué entiende Sarmiento por *bárbaro*? ¿Los pueblos amerindios? ¿El pueblo campesino y sanguinario? ¿El gaucho? No sólo eso. Desde luego, Sarmiento cree que en los pueblos amerindios habita la *barbarie*; que son incultos; que temen a la *civilización*; que son obstáculo para el desarrollo; que deben desaparecer. Sarmiento participa del prejuicio decimonónico que estriba en hacer de la nueva nación un todo homogéneo, con una sola lengua, una sola etnia, una sola educación. Liberales y *positivistas* padecieron esa ceguera mental; por eso lucharon contra las *corporaciones*; desde su óptica, resultaban idénticos los cuerpos eclesiásticos y las comunidades indígenas; no admitían *cuerpos extraños*: así veían la comunidad indígena en el seno de la nación; negaban la existencia de lo que para ellos era un *estado dentro del Estado nacional*.

Nuestros más altos intelectuales y políticos intentaron, a lo largo del siglo XIX y hasta el inicio del siglo XX, la ingrata tarea de acabar con las comunidades indígenas. Las despojaron de sus tierras, les arrebataron su patrimonio; pero no pudieron anular en ellas su espíritu co-

<sup>9</sup> Utilizo la reciente edición de Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*, hecha por Siglo XXI Editores, México, 2007.

<sup>10</sup> Véase Émile Benveniste, "Civilización. Contribución a la historia de la palabra", en *Problemas de lingüística general*, trad. Juan Almela, Siglo XXI Editores, México, 1971, pp. 209 ss. El *Robert* registra el uso de *civilisation*, por primera vez, en 1734.

munitario. Igual Justo Sierra que Manuel Gamio, acudo al ejemplo de dos humanistas del más alto nivel, desearon a México como país compacto, integrado de modo homogéneo. Sus esfuerzos fueron vanos, diré que por fortuna.<sup>11</sup> Hoy, por el contrario, México reconoce que es nación pluricultural y multilingüística.<sup>12</sup> No queremos destruir la gran diversidad cultural que poseemos. Aceptamos la unidad de lo diverso y decimos, con orgullo, que México tiene, en sus pueblos originarios, una riqueza enorme. Si en la época del descubrimiento, en el territorio que hoy es el de México, había tal vez, si mucho, un millón de habitantes; si al inicio de la guerra de independencia la población total del territorio llegaba a sólo cinco millones de personas (40% de los cuales hablaba alguna lengua amerindia); hoy, el número de quienes hablan una lengua originaria, aunque su proporción sea menor (acaso de un 10%), ha aumentado en números absolutos: son 10 millones de personas, en México, las que hablan una de nuestras lenguas originarias.

<sup>11</sup> Justo Sierra llegó a escribir que habría “que suprimir”, y “sin pérdida de tiempo, todos los idiomas indígenas que ya no sirven para nada, que son el principal obstáculo de nuestro progreso social” (*La educación nacional*, *op. cit.*, p. 12; el texto es del 27 de noviembre de 1883); y en otro lugar, años más tarde (tal vez por 1911, en el “Cuaderno de apuntes” que llevó consigo al exilio): “Hay catorce millones de mexicanos; hay nueve que no son mexicanos” (*La educación nacional*, *op. cit.*, p. 497). Esos nueve millones “que no son mexicanos”, son los hablantes de una lengua amerindia. Manuel Gamio, por su parte, dejó escrito que “la población indígena ha quedado disgregada del conjunto nacional y constituye el elemento obstaculizador por su pasividad” y más adelante dijo que habría que “incorporar” a los pueblos originales, de modo “gradual, lógico y sensato”, a “la civilización contemporánea” (*Forjando patria*, Porrúa, México, 2a. edición, 1960, pp. 72 y 96; la primera edición del libro de Gamio es de 1916).

<sup>12</sup> En el *Catálogo de las lenguas indígenas nacionales* (Instituto Nacional de las Lenguas Indígenas, INALI, SEP, México, 2009), se reconoce la existencia de 11 familias, 68 agrupaciones y 364 variantes lingüísticas en el país. El *Catálogo...* llama “agrupación lingüística” a lo que antes se denominaba “lengua”; también hace la distinción entre “pueblo” y “lengua”. Debo subrayar que el trabajo del INALI es de primer orden y ofrece una prueba irrefutable de la riqueza de las lenguas amerindias, aún vivas, por fortuna, en nuestro país. Además, en el artículo 2o. de nuestra *Constitución política* se establece que México “tiene una composición pluricultural sustentada originalmente en sus pueblos indígenas”. De ese artículo se ha derivado ya la *Ley general de derechos lingüísticos de los pueblos indígenas*, publicada en el *Diario Oficial de la Federación* el 13 de marzo de 2003.

Ahora bien, para Sarmiento, los ejemplos consumados de la barbarie, y a los que dedica las páginas más acerbas de su libro, no son, digamos, los indios patagónicos. Son dos casos típicos y terribles del español criollo que procreó la Argentina: José Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas. Los dos fueron el fruto de la guerra de independencia y salieron de las filas del ejército popular que venció al ejército virreinal español. Esos dos hombres *bárbaros*, esos dos españoles criollos, no fusilaban a los prisioneros: como si fueran reses, los degollaban: esos hombres hicieron del cuchillo gaucho el arma por excelencia de la *barbarie*.

¿Qué opone Sarmiento a la barbarie? La civilización, la instrucción, la posibilidad de abandonar el idiotismo de la vida rural para llegar al nivel de las ciudades modernas. Aquí, otra vez, nos encontramos con la lucha de dos concepciones antagónicas de la sociedad y de la historia. ¿Qué se debe hacer? ¿Respetar usos y costumbres, por bárbaros que sean? ¿O intentar un cambio? *Civilizar* significa, por supuesto, proponer un cambio de hábitos, o sea, tratar de transformar un pueblo. Pero ¿cómo? Pregunto ¿somos aquello de donde venimos? ¿Somos, por el contrario, lo que deseamos ser? ¿Cuál es la *condición* del hombre? El hombre, ¿sólo es producto de su historia? O, como quería Jean-Paul Sartre, ¿es un *núcleo de libertad pura*? Un libro paradigmático, pongo por caso, ¿*expresa* a un pueblo? Un libro así, ¿puede *crear* el carácter de una nación? Se dice (¿por qué se dice?, ¿con razón o sin ella?) que la *Ilíada* y la *Odisea* forjaron al pueblo heleno, que Homero es el gran educador de los pueblos griegos porque éstos, pese a todas sus diferencias políticas, se reconocían en el *corpus* homérico. René Descartes, al exigir nitidez, *claridad* y *distinción* al pensamiento, ¿*expresó* el carácter o la *identidad* del pueblo francés? Por el contrario, ¿contribuyó a darle esa identidad? La cultura y la educación forjan no sólo a la persona, sino a toda una nación. Somos futuro y no sólo pasado; somos lo que todavía no es, un núcleo de libertad pura, lo que deseamos ser.

Así, al independizarnos de España, quisimos forjar otras naciones, abiertas y libres, sujetas a leyes nuevas y distintas. Ávidos de novedades, volvimos nuestros ojos hacia dos modelos: Francia y su gran revolución, por un lado; Estados Unidos y su revolución democráti-

ca, por otro. Imitar a Francia, en el curso del siglo XIX, no fue pecado sólo de América Latina: el mundo entero pensó en francés; la lengua de Francia fue por entonces la lengua de la ciencia, la diplomacia y la cultura. De la vieja Rusia a la nueva América se hablaba francés, la medicina se enseñaba en francés, el derecho se inspiraba en el código napoleónico; la Constitución mexicana aún tiene, como su Capítulo primero, el reconocimiento de las garantías individuales, o sea, los derechos del hombre y el ciudadano. En lugar de ir de lo general a lo particular; en vez de definir, primero, qué es la nación, qué la integra, de qué modo se constituye, cuál es su régimen de gobierno, la Constitución de nuestro país, en tanto que se inicia por las garantías individuales, da por supuesto que la sociedad está conformada por *individuos*, o sea, por partes *indivisas*, por *átomos sociales* que, por acaso, han constituido un *pacto*. ¿Es de verdad así? Una nación, una sociedad, ¿es una suma de individuos? No, por supuesto que no: antes que los individuos, existen las estructuras, una de las cuales, tal vez la más importante de todas porque es una herencia que nos constituye, es la estructura de la lengua.

Pero, en el momento en que se consuma la independencia, había otro modelo, el modelo de la democracia implantada en Estados Unidos. Hubo de nacer aquello que José Enrique Rodó denunció con el nombre, que hizo época, de la *nordomanía*. Francia y Estados Unidos se ofrecían como el futuro; España, en cambio, era el pasado, un pasado odioso, del que nada se quería saber, pues nos había dado tres siglos de opresión y de atraso. Así, el ansia de actualización y de modernización nos corroía por dentro. ¿Sucedió entonces lo mismo que ahora? Globalización, ¿es la palabra que designa lo que antes fue llamado modernización, acaso *nordomanía*?

Entre el afán de futuro y el reclamo de identidad, concepto de moda, ¿qué camino seguir? ¿*Identidad*? Pero, ¿qué significa esa palabra? Viene de la filosofía y tiene una prosapia ilustre. ¿Sabrán quienes ahora la usan, con carácter de consigna imperiosa para oponerse al bárbaro extranjero, que el concepto nada tiene de revolucionario? ¿Sabrán que *identidad* es uno de los llamados principios lógicos supremos, que es un principio de la metafísica tradicional? ¿Sabrán, acaso, que lo postuló Parménides, que lo sistematizó Aristóteles, que lo hizo

suyo la escolástica? El principio de la identidad nos mantiene inmóviles, quietos, suspensos en el pasado.

La Edad Moderna forjó otro principio que es, a un tiempo, el opuesto y el complemento del principio de identidad. Es el principio establecido por Leibniz, el principio de la diferencia absoluta, es decir, el principio de los indiscernibles. Este principio sostiene que no hay dos eventos idénticos en el universo y que, si el principio de identidad dice que  $A = A$ , al revés, el de los indiscernibles dice que, al multiplicarse hasta el infinito los eventos de este inasible universo, cada  $A$  es diferente de otra. Este principio moderno, el principio de Leibniz, nos obliga a entrar en contacto con los otros o, si se prefiere decirlo así, con el Otro, pues sólo al entrar en relación con el Otro, cada cosa, cada evento, cada persona, está en verdad completa. Por lo tanto, estos dos principios, el de la identidad y el de la diferencia, se completan el uno al otro. De allí que Hegel los asuma, en su *Ciencia de la Lógica*, como una síntesis: toda proposición del tipo *S es P* establece la *identidad parcial entre diferentes*. Lo diré de otro modo: el sujeto es, a un tiempo, semejante (idéntico) y diferente del predicado.<sup>13</sup>

Lo cierto es que, desde Rodó, América Latina se quiso diferente o, por decirlo mejor, se quiso diferente de Estados Unidos. *Nosotros*, se dijo, éramos *cultos*; ellos, los norteamericanos, eran sólo *civilizados*. A ellos los asistía el afán del dinero, la turbulencia tecnológica; a nosotros, en cambio, nos salvaba la cultura. Pero, ¿es esto verdad? Estados Unidos se dedicó a comprar cultura, a importar cerebros, a generar la ciencia, a buscar cómo aplicarla. Mientras tanto, América Latina, ¿qué hacía? En el último tercio del siglo XIX, México y Brasil tomaron la ciencia como guía e importaron la filosofía positivista. Ese afán podría semejar una caricatura, acaso lo era.

Cuando el gran escritor portugués José Maria Eça de Queiroz visitó Brasil, hacia finales del siglo XIX, no pudo menos que ironizar sobre esta situación y puso en boca de su *alter ego*, el personaje de ficción que es su vivo retrato, Fradique Mendes, palabras llenas de sarcasmo.

<sup>13</sup> G. W. F. Hegel, *Ciencia de la Lógica*, traducción de Augusta y Rodolfo Mondolfo, Hachette, Buenos Aires, 1956, Libro II, "La doctrina de la esencia", tomo II, pp. 9 ss.

Eça de Queiroz dijo que, en el momento de obtener su independencia, Brasil había podido librarse de dos lacras: la Colonia y el *oro inmoral*. Afirma luego que Brasil pudo haber sido *un pueblo rural* y conservado su carácter *brasileño*. Pero lo que vio fue un Brasil hecho con retazos de Europa. Queiroz deseaba un Brasil *frugal, sencillo, con una gran paz en el alma*. Empero, afirma que, a un mismo tiempo, Brasil *importó el positivismo y la ópera bufa*; del viejo y generoso Brasil nada quedó, “ni siquiera brasileños, sino sólo doctores, que son entidades diferentes”. De norte a sur, Queiroz sólo encontró *doctores*: “doctores con una espada, mandando soldados; doctores, con una cartera, fundando bancos; doctores, con una sonda, capitaneando barcos; doctores, con un silbato, dirigiendo la policía; doctores, con una lira, soltando versos [...] doctores, en fin, sin cosa alguna, gobernando el Estado”.<sup>14</sup>

¿En qué consiste, si se examina bien, la queja levantada por Queiroz? En el hecho de que Brasil imitara a Europa y no se conservara fiel, *fiel a sí mismo*. Cuanto dijo Queiroz de Brasil lo dijo igualmente de Portugal que, a su juicio, era “un país traducido del francés al caló”.<sup>15</sup> ¿Cómo explicar, sin embargo, el hecho de que Eça de Queiroz haya sido, sin duda ninguna, el más grande y también el más afrancesado de los escritores portugueses del siglo XIX? Queiroz, ¿rechazaba en otros, en Portugal y Brasil, lo que había hecho suyo, hasta la entraña? Para Queiroz, *la vasta mayoría no cuenta*. Un país es “siempre algo muy pequeño: se compone de un grupo de hombres de letras, de Estado, de negocios, de club, que viven y frecuentan el centro de la capital”. Y con no disimulada violencia añadió: “el resto es paisaje”.<sup>16</sup> Adviértase, pues, que Queiroz critica la imitación, la imitación burda que se limita a copiar, de modo externo, eso, lo que está de moda, lo *moderno*.

Una vez más, ¿qué hacer? ¿Permanecer fieles a eso que hemos sido? ¿Conservar esto, de lo que venimos? ¿Repetir, una y otra vez, la his-

<sup>14</sup> José Maria Eça de Queiroz, “Última carta de Fradique Mendes”, en *Últimas paginas*, Livraria Lello & Irmão, Lisboa, 1945, pp. 379 ss. Queiroz usa la voz portuguesa *carmen*, española también, para designar lo que he traducido como *verso*, puesto que *carmen* (viene del latín y quiere decir *canto* o *cántico*) ha caído en desuso.

<sup>15</sup> “O francezismo”, en *Últimas paginas*, *op. cit.*, p. 397. La voz portuguesa *calá* corresponde a la española *caló* (jerga, jeringonza).

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 409.

toria? ¿Acaso los pueblos no imitan lo que están a punto de inventar? En todo caso, los pueblos son sólo capaces de asimilar, de algún modo extraño, lo que mejor se acomoda a sus condiciones reales de existencia. Pues también es cierto que, al mantenernos idénticos, fieles a nosotros mismos, evitando los cambios, corremos el riesgo de que nos arrollen los que sí desarrollan la ciencia y la tecnología modernas.

Dejemos ya de elevar quejas fatales. La globalización es un desafío y al propio tiempo una oportunidad. Se dice que el proceso de globalización arroja a la calle a una multitud de trabajadores. Es verdad que ese mal se da en el corto plazo. Sin embargo, en los plazos largos, la globalización crea más empleos que aquellos que desplaza. Subrayo tres casos paradigmáticos que ofrezco ahora como prueba.

Primero, la imprenta, que todos celebramos como uno de los grandes inventos de la historia (lo es, desde luego). Pero cabe decir que la imprenta arrojó a la calle a los pendolistas europeos. Empero, a la larga, la imprenta ha creado más empleos, directos e indirectos, que los que anuló. Además, democratizó la razón. Subrayo que la imprenta, al ampliar los hábitos de la lectura, posibilitó la creación de periódicos, revistas y libros, como jamás antes se había hecho y logró que la educación se volviera un bien común. Nosotros, los que estamos en este recinto, somos herederos de la imprenta.

¿Qué sucedió con la invención de la energía eléctrica? Los ensayos de Galvani y Humboldt sobre la electricidad animal pronto fueron dejados atrás por la invención de la pila de Volta. Hoy pueden parecer juegos de infantes. Pero lo cierto es que todos esos experimentos condujeron, poco a poco, al desarrollo de una poderosa industria de la energía eléctrica que, al fin de cuentas, dio al traste con la caza de ballenas. El capitán Ahab perdió la pierna y el empleo, pero la industria eléctrica generó mayor cantidad de puestos de trabajo, directos e indirectos, que los pocos cientos de cazadores de ballenas que perdieron sus puestos de trabajo.

Lo propio ha sucedido con los satélites artificiales. Fruto tardío y sin duda inesperado de la guerra fría, los satélites artificiales, que ahora sirven para la comunicación simultánea, han salvado miles de árboles en todo el planeta. Sin los poderosos cohetes intercontinentales que los colocan en el espacio exterior, no habrían sido posibles.

Los satélites eliminaron el cable de cobre y, luego, la fibra óptica: hoy dan empleo a millones de personas.

En estas condiciones, ¿hemos de modernizarnos o, por el contrario, hemos de seguir hundidos en lo que se llama *identidad*, estatuas de sal que sólo ven el pasado? Debemos ver hacia el frente, sin olvidar lo que somos ni de dónde venimos. Habría que obrar, acaso como lo exige el sentido más profundo de la doctrina taoísta, sin *forzar* las cosas, sin violencia, haciendo lo adecuado para que las cosas se hagan por sí solas.<sup>17</sup>

Para concluir, quisiera decir que, por estas razones creo que, de todas las instituciones que la América Nuestra ha recibido, como una herencia, de España, la más sólida, la que de la manera más entrañable le pertenece a los pueblos de América, es la de la lengua. Durante decenios, en México y en América Latina se consideró necesario, para lograr la plena independencia y la total autonomía, que habláramos en una lengua extraña, una lengua distinta a la hablada en la península ibérica. Esta lengua extraña recibía el extraño nombre de *lengua nacional*. Necesito decir, me urge, que en buena parte de nuestros países existe un vacío. Por supuesto, ha sido un avance el reconocer categoría de lenguas nacionales a las lenguas de nuestros pueblos originarios, como dice la *Ley general de derechos de los pueblos indígenas* a que he hecho referencia. Pero esa ley les concede el mismo estatuto a las lenguas amerindias, a la lengua mexicana de señas y a la lengua española. No es clara esa ley; ignoro, por lo tanto, si, al colocar en semejante nivel, el de lenguas nacionales, a las lenguas amerindias y al español, se refiere a *las 68 agrupaciones* o a *las 364 variantes lingüísticas*. Sin embargo, diré que en el *Programa 2008-2012*,<sup>18</sup> elaborado por INALI, se da trato de lenguas nacionales no a las 68 *agrupaciones* sino a las 364 *variantes lingüísticas* de México. En todo caso, adelantaré una tesis que es políticamente incorrecta, sin género de duda: a pesar de que

<sup>17</sup> Cyrille J.-D. Javary, *Les trois sagesses chinoises. Taoïsme, Confucianisme, Bouddhisme*, Albin Michel, París, 2010, p. 66.

<sup>18</sup> *Programa de revitalización, fortalecimiento y desarrollo de las lenguas indígenas nacionales, 2008-2012 (Pinali)*, Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, INALI, SEP, México, 2009.

sea adecuado otorgar el mismo estatuto legal a la lengua española que a la lengua mexicana de señas y a las 364 *variantes lingüísticas*, el español es la verdadera lengua de la nación. Así, algunas de estas variantes lingüísticas las hablan unas cuantas centenas de personas; otras, en cambio (el náhuatl, el maya, el tarasco o el zapoteco), lo hablan cientos de miles de seres humanos. El náhuatl lo hablan cerca de millón y medio de personas; el maya, que incluye las agrupaciones tseltal y tsotsil, es hablado por más de un millón y medio de hombres y mujeres; el tarasco, a su vez, es hablado por más de 100 mil personas; el zapoteco lo hablan más de 400 mil seres humanos.

Pero el español es hablado por cerca de 100 millones de personas en México. Por esa causa nuestro país es, desde el ángulo de la masa fónica de sus hablantes, el país rector de la lengua española. Permítanme decir que el castellano se transformó en español, en lengua universal, cuando cruzó el Atlántico. El español fue la *lingua franca* en la que se entendieron entre sí los hablantes de catalán, vasco, gallego y castellano. Fue la *lingua franca* de los peninsulares, desde el momento en que se unificó España bajo Isabel de Castilla y Fernando de Aragón; fue también la lengua de los amerindios y los españoles. En la península ibérica, es cierto, no se habla español; allá se dice, por evidentes razones políticas, que tan españoles son el vasco y el catalán como el gallego y el castellano. Pero en América no existe ya ese impedimento. En toda América hablamos español, no hablamos esa lengua extraña llamada lengua nacional; tampoco hablamos castellano. El español es una lengua universal, que otorga a sus hablantes el contacto inmediato con el mundo. En español se redactó nuestra Acta de la Independencia; en español se ha redactado nuestra constitución y nuestras leyes; en español se expresa la mayor parte de nuestros grandes escritores. ¿Por qué entonces y pese a todo, no se reconoce al español el estatuto de lengua oficial? México carece de lengua oficial, como si fuera motivo de vergüenza hablar español, como si deseáramos continuar sujetos a la lucha tardía contra el imperio de la Corona borbónica peninsular, inexistente ya. Me parece necesario exigir el reconocimiento del español como lengua oficial de México. Acaso, así lo exige Confucio, el Gran Maestro Kong, debemos *rectificar los nombres*.



# Contenido

---

Presentación .....	5
El universo del español, el español del universo .....	7

## Ensayos

El español como lengua de conocimiento .....	29
La comunicación científica en Iberoamérica. Importancia del español .....	40
El libro en su contexto .....	45
Filosofía y lenguaje .....	54
El problema del concepto .....	70
La filosofía como escuela de la libertad .....	78
Edad Moderna: predicciones y tecnología .....	85
México: Independencia, educación y cultura .....	96
México y Estados Unidos. Un problema de lenguas y cultura .....	114
Algunas reflexiones sobre el País del Centro .....	120
Sobre Albert Camus .....	130
Lengua y mundo en la obra de Phelipe Guaman Poma de Ayala .....	136
Ortografía de la lengua española .....	161

"Presentación" del <i>Diccionario escolar</i> de la Academia Mexicana de la Lengua .....	164
Creación del Instituto Alfonso Reyes .....	166
El <i>Diario de Burdeos</i> . Una pequeña serenata por Antonieta .....	179

## Discursos

Palabras al recibir la Medalla de Oro de Bellas Artes .....	187
Al recibir el Premio Nacional Juan Pablos al Mérito Editorial 2009 .....	193
Palabras al recibir el Reconocimiento al Mérito Editorial de la Universidad Autónoma de Nuevo León .....	197
Palabras en la recepción del Premio Malinalli .....	200
Los Libros de Texto Gratuitos .....	206

## Homenajes y semblanzas

Laudatio de Víctor García de la Concha y Elogio de la Lengua Española .....	213
Mario Vargas Llosa, Premio Alfonso Reyes 2010 .....	219
Encomio de Mario Vargas Llosa al recibir el Premio Internacional Carlos Fuentes .....	222
Eduardo Lizalde, Premio Alfonso Reyes 2011 .....	228
Elogio de Ignacio Bosque en la entrega del Premio Alfonso Reyes 2012 .....	232
Ernesto de la Peña y el Premio Internacional Alfonso Reyes .....	236
Laudatio de Ernesto de la Peña en la ceremonia de entrega del XXVI Premio Internacional Marcelino Menéndez Pelayo .....	239
A propósito de Ernesto de la Peña, traductor .....	243
Ahora y en la hora de la muerte de Ernesto de la Peña .....	246
Elogio de Ernesto de la Peña al otorgársele, de manera póstuma, por el Senado de la República, la Medalla Belisario Domínguez .....	249

En memoria de Adolfo Sánchez Vázquez .....	253
A propósito de Antonio Gómez Robledo .....	258
Recuerdos de Alí Chumacero .....	262
La raíz amorosa de la poesía de Alí Chumacero .....	267
Los dos Alfonsos. El fervor de Alfonso Rangel Guerra por Alfonso Reyes .....	273
Acerca de la poesía de José Pascual Buxó .....	278
Sobre Arturo Azuela .....	282
Palabras en la Recepción de Élmer Mendoza como miembro de El Colegio de Sinaloa .....	285
Un balance crítico de Miguel Ángel Granados Chapa .....	291
A propósito de Miguel Capistrán .....	295
Índice onomástico y temático .....	299